

SABINA SPIELREIN

*La destrucción como
origen del devenir*



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La incubación de un ensayo

Según la nota clínica, escrita a mano por Jung, Sabina presentaba risa y llanto en una forma extraña, compulsiva, así como descargas de tics, movimientos de aversión de la cabeza, protrusión de la lengua, espasmos en las piernas, dolor de cabeza, malestar intenso frente al ruido o a la gente, actitudes seductoras, y afirmaciones peculiares: que tenía dos cabezas o que su propio cuerpo le resultaba extraño.⁶ El padre –un hombre de negocios– la había sometido a humillaciones y maltrato físico. Era un tirano ofensivo con la familia, y amenazaba con suicidarse cuando era confrontado. La madre también la había maltratado física y emocionalmente, y eso desencadenó las primeras tentativas suicidas de Sabina. Le enseñó que “los pecados se registran en el cielo con marcas de color rojo”. “Somos responsables de nuestros pecados desde los siete años”, le decía. La educación religiosa de Sabina fue estricta; siendo niña, hablaba con Dios y un día Él respondió en alemán (Sabina estudiaba esa lengua, aunque su lengua madre

era el ruso). Con el tiempo, la voz divina se expresaba en ruso y en alemán, y Sabina pensó que esa voz interior provenía de un ángel. Cuando ella tenía 16 años, murió su hermana pequeña, “a quien amaba más que a nadie en la vida”.⁷

Trece cartas de Jung a Freud se refieren de manera específica al caso de Sabina, y ella es mencionada en 14 cartas de Freud a Jung. A juzgar por el contenido del intercambio epistolar, se dice que Sabina fue un motivo central en la aproximación entre ambos pensadores.⁸ Como profesional de la neuropsiquiatría, hago notar que en aquella época no se conocía un tratamiento farmacológico eficaz para tratar la “histeria” (tampoco existe ahora). Si algunos autores atribuyen la mejoría al método psicoanalítico, esta explicación tiene dos limitaciones: en primer lugar, el psicoanálisis nunca demostró de manera consistente una eficacia terapéutica en pacientes “histéricos”; en segundo lugar, es difícil suponer que Jung usó el método analítico porque sólo tuvo acceso a

⁷ *Ibid.*

⁸ J. Garrabé, “Sabina Spielrein: el nacimiento de la esquizofrenia (1906-1912)”, *Salud Ment.*, 1996, vol. 19, núm. 4, pp. 43-51.

una supervisión epistolar por parte de Freud, quien además no había consolidado su técnica en aquel momento. Tampoco puede decirse que Jung usó el método terapéutico derivado de su propia psicología analítica, porque esta historia sucedió años antes de que el psiquiatra suizo se apartara del psicoanálisis y explorara la tesis del inconsciente colectivo en su obra *Símbolos de transformación*, que apareció en 1912, al igual que el ensayo de Spielrein, *La destrucción como origen del devenir*.

Por recomendaciones de Eugen Bleuler, director de la Clínica de Burghölzli, Sabina egresó del hospital tras una estancia de nueve meses. Se hallaba en mejores condiciones, capaz de vivir de manera independiente. Lo más sensato es suponer que el ambiente hospitalario, al separarla de las agresiones familiares, le permitió desarrollar los recursos psicológicos necesarios para afrontar sus conmociones traumáticas. Quizá las figuras de Jung y Bleuler –y la presencia epistolar de Freud– fueron estímulos significativos para la maduración psicológica de Spielrein. En todo caso, no volvió a ser hospitalizada.

Sabina terminó la carrera de medicina en 1911; se graduó con la primera tesis académica

acerca de la esquizofrenia, el nuevo concepto propuesto por Bleuler para referirse a la “demen-
cia precoz” de Kraepelin. Sabina había contri-
buido a los experimentos de Carl Jung para
evaluar los procesos de asociación de palabras
que llevaron en última instancia a la construc-
ción del concepto de esquizofrenia. En 1912,
Spielrein fue aceptada en la Sociedad Psicoana-
lítica de Viena, y formó parte de una generación
pionera de mujeres psicoanalistas, junto a per-
sonajes legendarios como Lou-Andreas Salomé
(una de las primeras autoras en abordar la se-
xualidad femenina).

En general se acepta que hubo una relación
de amor entre Sabina y Carl Gustav Jung; el
consenso es que existió una transgresión sexual,
y quizás esto fue un motivo más para la forma-
ción de otro concepto freudiano: la transferencia
y su contraparte, la contratransferencia, es decir,
el juego erótico y simbólico de fantasías cons-
cientes e inconscientes entre los dos miembros
de la relación psicoanalítica. El cineasta cana-
diense David Cronenberg cristalizó esta leyenda
en un filme de culto, *Un método peligroso*, con
la actuación de dos celebridades: Keira Knight-
ley en el papel de Sabina Spielrein, y Michael

Fassbender en el rol de Carl Gustav Jung. Viggo Mortensen hizo el papel de Sigmund Freud.

Un método peligroso está lleno de erotismo y glamur, y es una buena opción complementaria para disfrutar el ensayo de Spielrein contenido en este libro. El cineasta usa un estilo refinado para explotar nuestro morbo, y si bien se permite muchas licencias creativas sin fundamento histórico, es un buen punto de partida para imaginar los motivos de Sabina durante la escritura de *La destrucción como origen del devenir*.

Desde que me involucré con los problemas sexuales me ha interesado un tema en particular: ¿por qué el más poderoso impulso, el instinto de reproducción, alberga sentimientos negativos además de los sentimientos positivos, inherentes y previsibles?

Desde las primeras palabras de su ensayo fundacional, Spielrein vincula al sexo con una negatividad que se revela como el aspecto subjetivo de la conducta destructiva. Es interesante observar que sus planteamientos funcionan como puentes para conectar la teoría freudiana del desarrollo sexual con la teoría jungiana del inconsciente

colectivo. El ensayo aborda de manera sucesiva la sexualidad, la enfermedad mental y la creatividad; se detiene en forma explícita en el mecanismo de la sublimación artística, uno de los conceptos tempranos de Freud. Sus nexos conceptuales con la teoría jungiana se aprecian en párrafos como el siguiente:

En el inconsciente podemos encontrar el día de primavera separado en sus componentes: el sol, el cielo, las plantas, que están organizados (o quizás, más precisamente, remodeladas) de acuerdo con formas mitológicas que la psicología etnológica nos ha hecho conocidas.

Spielrein usa en varias ocasiones el término “psique colectiva” en contraposición con la “psique individual”; de hecho, se plantea un conflicto entre estas dos formas de psiquismo, lo cual sería uno de los mecanismos centrales en la demencia precoz. Sabina también describe este conflicto en otro contexto: el de las creaciones artísticas, en las cuales hay, a juicio de la autora, una regresión del ego a formas arcaicas, infantiles, pero también a la psique colectiva, lo cual permite una transformación del ego: “la tambaleante

partícula del Yo, inundada con nuevas y más enriquecidas imágenes, comienza a reemerger”.

Siguiendo a Sabina, una interpretación posible para comprender el sitio de la pulsión de muerte en la sexualidad y en la psicología humana se relaciona con esta “muerte del Ego” que sucede durante la entrega erótica, durante la enfermedad mental y en la creatividad artística, dentro de un ciclo mitológico de “muerte y resurrección”. No está claro si estas ideas fueron influidas por Jung o viceversa. Al parecer Sabina piensa –como Freud y Jung– que las transformaciones simbólicas que operan en el trabajo artístico son una forma de lidiar con el caos de la psicopatología y, quizá, con la tendencia a la destructividad.

Spielrein aborda el problema de los impulsos destructivos a través de una cita de Wilhelm Stekel, en la cual el médico austriaco se refiere a un sueño donde una mujer joven es asesinada con un cuchillo que le clavan en el abdomen. Stekel interpreta el sueño como un símbolo de la violación. Sabina hace una interpretación de la interpretación, y nos plantea que Stekel revela con sus palabras la conexión neurótica entre la violencia sexual y el asesinato sexual

sádico y ritualizado de la guerra, donde las mujeres son percibidas como objetos de sacrificio. No propongo aquí una interpretación definitiva del ensayo. Basta con decir que es un texto enigmático, pionero, que hace las preguntas difíciles en torno a la psicología de la destructividad humana: una particularidad que conecta a la violencia colectiva con la violencia íntima, y con las formas múltiples de la autoagresión observada en la clínica.

*El lugar de las mujeres
en el psicoanálisis*

Si bien hoy se discute el estatus epistemológico del psicoanálisis, y en particular su validez como tratamiento en el mundo de la psiquiatría, la perspectiva histórica nos muestra que fue de gran importancia para el desarrollo intelectual de mujeres que vivían, como Sabina, las consecuencias de la opresión patriarcal. Si el psicoanálisis tiene un lado oscuro anclado en su propia versión del culto al patriarca, por lo menos en teoría significó una oportunidad para pensar en forma crítica los desenlaces psicopatológicos y culturales del patriarcado como estructura

psicológica y social. Quizás esto abrió la puerta al intelecto de mujeres brillantes como Karen Horney (*Psicología femenina*), Anna Freud (*El yo y los mecanismos de defensa*), Melanie Klein (*Envidia y gratitud*), Françoise Dolto (*La imagen inconsciente del cuerpo*), Margaret Mahler (*On human symbiosis and the vicisitudes of individuation*), Frieda Fromm-Reichmann (*Principles of Intensive Psychotherapy*) y Joyce McDougall (*The many faces of Eros*). No es exagerado decir que el psicoanálisis, con sus méritos y limitaciones, se convirtió en un entorno teórico propicio para el pensamiento de las mujeres durante el siglo XX. En la segunda mitad de ese siglo, el psicoanálisis hecho por mujeres se transformó al integrar otras corrientes críticas, como el posestructuralismo y el feminismo, a través de figuras como Julia Kristeva (*Sol negro. Melancolía y depresión*) y Christiane Olivier (*Los hijos de Yocasta*).

Sabina Spielrein ha ganado un reconocimiento creciente, dentro y fuera del psicoanálisis, como una pensadora por derecho propio, más allá de la fetichización inicial. Escribió alrededor de 30 obras, y se abrió a disciplinas como la lingüística y la psicología del desarrollo.

En Ginebra fue la psicoanalista de Jean Piaget –uno de los científicos más importantes en el campo de la psicología infantil– durante ocho meses. En esa época, Sabina escribió un trabajo acerca del desarrollo del lenguaje y el pensamiento del niño a través de diversas etapas, lo cual es un antecedente interesante con respecto a las obras de Piaget y Vygotsky sobre el pensamiento y el lenguaje; fue una influencia relevante para formular que el pensamiento verbal es un discurso privado que surge a partir de la internalización de un “discurso egocéntrico” (un discurso “para sí”) en el cual el niño se hace preguntas a sí mismo y se explica las cosas.⁹

En 1923 Sabina Spielrein regresó a Rusia para establecerse en Moscú. Bajo la influencia de Trotsky, el psicoanálisis fue apoyado por el poder soviético en busca de una síntesis con la fisiología conductual de Pavlov o –a través de Luria– en la búsqueda de una integración entre psicoanálisis y marxismo. Sabina fungió como supervisora en el ambicioso proyecto Detski Dom, un laboratorio-orfanatorio psicoanalítico, también conocido como “La casa blanca”. Este

⁹ A. Harris, art. cit.

lugar, fundado por Vera Schmidt –otra alumna de Freud– tenía como propósito educar a los alumnos bajo una peculiar interpretación de la teoría psicoanalítica: los niños tenían una gran libertad de movimiento, se evitaban los castigos y se permitía la exploración sexual.¹⁰ Algunos huérfanos eran educados en la escuela, pero también los hijos de la élite bolchevique, incluyendo al hijo de Josef Stalin. Entre los profesores que trabajaron en Detski Dom se encontraban dos gigantes de la psicología rusa: Lev Vygotsy y Alexandr Luria, quienes también formaron parte del Instituto Psicoanalítico y estudiaron con Spielrein. Al parecer, el trabajo de Spielrein con los niños, que combinaba observaciones objetivas del desarrollo infantil y la recolección de datos subjetivos, fue una influencia significativa en los dos mayores psicólogos de Rusia. Tras involucrarse en una protesta por las malas condiciones de trabajo de los maestros, Sabina fue expulsada de Detski Dom; más tarde, la escuela fue acusada de estimular la sexualidad de los alumnos en forma prematura, y fue clausurada.

¹⁰ J. Launer, *Sex Versus Survival. The Life and Ideas of Sabina Spielrein*, Londres, Bloomsbury Publishing, 2014.

En 1926, Sabina se trasladó a Rostov para dirigir un hogar para lactantes y niños; ejerció durante varios años como pediatra, e hizo defensas académicas de Freud en un clima ideológico adverso. Tras la condena estalinista del psicoanálisis, en 1936, se oscureció el rastro histórico de Spielrein.¹¹ Sus hermanos Isaac, Jan y Emil fueron arrestados y ejecutados entre 1937 y 1938, durante la Gran Purga, como se conoce a la persecución y el terror político desatado por el estalinismo soviético. Es muy lamentable tener que reportar en este prólogo lo siguiente: Sabina Spielrein sobrevivió a la Gran Purga pero fue asesinada por los nazis en agosto de 1942, junto a sus dos hijas y a otros 27 000 judíos en Rostov, Rusia.¹² El injusto final de este retrato nos obliga a considerar que la problemática de su ensayo no ha sido resuelta: exige una lectura reflexiva en el arco que empieza con el deseo de supervivencia y se extiende a la búsqueda de sentido.

Jesús Ramírez-Bermúdez

¹¹ J. Garrabé, art. cit.

¹² P. S. Appelbaum y H. Lothane, "Sabina Spielrein's death", en *Am J Psychiatry*, 2012, vol. 169, núm. 7, p. 759. doi:10.1176/appi.ajp.2012.12030413.

LA DESTRUCCIÓN COMO ORIGEN DEL DEVENIR

Desde que me involucré con los temas sexuales me ha interesado un tema en particular: ¿por qué el más poderoso impulso, el instinto de reproducción, alberga sentimientos negativos además de los sentimientos positivos, inherentes y pre-
visibles? Estos sentimientos negativos, como angustia y aversión, deben ser vencidos para que ese instinto se manifieste de forma apropiada. Obviamente, la actitud negativa de un individuo con respecto a la actividad sexual apunta directamente al núcleo de la neurosis. Diversos investigadores han querido explicar esta oposición como resultado del modelo de crianza, que busca limitar el instinto y enseñarle al niño a considerar la satisfacción de los impulsos sexuales como algo sucio y prohibido. Es notable la frecuencia con que los deseos sexuales son asociados a imágenes de muerte, siendo que ésta es un símbolo de fracaso moral (Stekel).¹ Groos

¹ Cuando escribí este ensayo, el libro *Die Sprache des Traumes (Sexo y sueños; el lenguaje de los sueños)*, Wiesbaden, 1911, del doctor Stekel, aún no había aparecido. En este

relaciona el sentimiento de repulsión frente a los productos sexuales con su proximidad anatómica a las excreciones sin vida. Freud rastrea esta oposición y la vincula a la ansiedad y a la represión del deseo, que tiene, inicialmente, un afecto positivo. Bleuler considera como una defensa la inevitable negatividad contenida en la afectividad positiva. En Jung encontré el siguiente pasaje:

El deseo apasionado, es decir, la libido, tiene dos aspectos: es la fuerza que lo embellece todo y, en ciertos casos, que puede destruirlo todo. Con frecuencia, resulta difícil reconocer el origen de la cualidad destructiva de esta fuerza creadora. Una mujer que se abandona a la pasión, en la sociedad actual, se dirige a la destrucción. Con tan sólo contemplar el estado actual de la burguesía uno puede entender el sentimiento de enorme inseguridad de aquellos que se rinden incondicionalmente al destino. Ser fecundo provoca la propia caída; con la llegada de una nueva generación, la

trabajo el autor demuestra, por medio de numerosos sueños, que tenemos un deseo de muerte asociado a nuestro deseo de vida. Él percibe lo anterior como la antítesis del deseo de vida que radica en la esencia del instinto sexual.

precedente habrá superado su apogeo. Nuestros descendientes se convierten así en nuestros más peligrosos enemigos, para los que no estamos preparados. Ellos sobrevivirán y tomarán el poder de nuestras debilitadas manos. El miedo en presencia del destino erótico es enteramente comprensible ya que hay en él algo impredecible. El destino suele contener peligros escondidos. La continua vacilación del neurótico para asumir riesgos se explica por el deseo de no tener que lidiar con una lucha peligrosa. Quien renuncia a experimentar un proyecto riesgoso debe sofocar un deseo erótico, cometiendo así una especie de suicidio. Esto explica las fantasías de muerte que con frecuencia acompañan a la renuncia al deseo sexual.²

Cito a propósito las palabras de Jung en toda su extensión porque su observación sobre el temor desconocido implícito en la actividad erótica se corresponde muy bien con mis observaciones. Es más, resulta muy importante para mí que un hombre también sea consciente de que no se

² “Wandlungen und Symbole der Libido”, Anuario III (“Transformaciones y símbolos de la libido”), traducido por primera vez del alemán al inglés por Beatrice M. Hinkle, Nueva York, 1916.

trata de un mero temor social. Jung contrapone claramente las representaciones de muerte a las sexuales. En mi experiencia con mujeres jóvenes, he encontrado que ante la primera aparición de la posibilidad de satisfacer el deseo, la sensación de ansiedad es normal y pasa al primer plano de las emociones reprimidas. Se trata de una forma bien definida de temor: sientes que tienes al enemigo dentro; su característico ardor te apremia, con inflexible urgencia, a hacer lo que no quieres hacer; sientes el fin, lo transitorio, delante de lo cual quizás vanamente intentes huir con destino a un futuro incierto. Tal vez te preguntas: ¿Esto es todo? ¿Es éste el punto más alto, sin nada más allá? Consecuentemente, podemos preguntarnos qué ocurre en el individuo frente a la actividad sexual que justifique tal estado de ánimo.

I. Hechos biológicos

Durante la reproducción se produce la unión de una célula femenina y una masculina. De este modo, la unidad de cada célula se destruye y, del producto de esta destrucción, se origina una nueva vida. Muchas especies menores, por